

Padres, para tributarles quanto se debe á su dignidad y su carácter; no para sujetarnos á la injusta dominacion de los que, abusando del nombre y de la autoridad de Obispos, quieren tratarnos como esclavos.

XXXV. Rufino en su prólogo sobre el libro *de los Principios* de Orígenes, se habia autorizado con los elógios que San Gerónimo habia dado á este Padre. Dixo tambien que queria seguir su exemplo y su conducta en algunos cortes que pensaba dar. Este prólogo, que pretendia que se tuviese á San Gerónimo por Origenista, pues habia dado en manos de Pamaquio y de Oceano, se lo enviaron con la traduccion que Rufino habia hecho de los libros de los Principios, y le exhortaron al mismo tiempo á que se purificase de las sospechas que este prólogo habia esparcido contra él. San Gerónimo, para sincerarse, les escribió una grande carta, en la que confiesa desde luego, que habia hablado de Orígenes con elógio en dos lugares; es á saber, en el Prefacio de las Homilias sobre el cántico de cánticos, dirigida al Papa Dámaso, y en el del libro de los nombres hebreos: pero dice, que solo alabó la erudicion de Orígenes, y su modo de interpretar las Escrituras; que admira su espíritu sin aprobar sus sentimientos en las cosas de la fe; que estimó su erudicion, no su doctrina; que por otra parte rebatió sus sentimientos en sus Comentarios sobre el Eclesiástico, y sobre la Epístola á los Efesios. Entra refiriendo algunos errores de Orígenes, y como Rufino sienta en su Prefacio, que los errores que se hallaban en las obras de Orígenes, eran añadidos por los Hereges: hace pasar por ridicula y frívola esta pretension, diciendo: "que no es posible que Orígenes sea el unico cuyas obras hayan universalmente corrompido, ni que hayan quitado de ellas todas las verdades católicas." Bien pudiera San Gerónimo haber opuesto

en este lugar la carta que Orígenes dirigió á sus amigos de Alexandria para quejarse de que habian corrompido sus escritos, y le habian supuesto otros que estaban llenos de errores; pero, ó bien el argumento era demasiado fuerte para responder á él, ó bien San Gerónimo no se acordaba de haber leído aquella carta de Orígenes en la Apología de San Panfilo. Debe notarse, que San Gerónimo rebatiendo los errores de Orígenes, dice con bastante limpieza, que no creía que los hubiese sostenido con tenacidad; y que mas bien se le escaparon sin la intencion de enseñarlos. "Si algun zeloso, dice, me opone sus errores, le responderé con Horacio.

El grande Homero duerme, de su obra en el empeño;

Porque al que mucho escribe, se le permite el sueño."

Dice tambien, que escribiendo Orígenes á Fabian, Romano Pontífice, le manifiesta el sentimiento de haber escrito en sus libros algunas proposiciones; y que culpa á Ambrosio (1), su amigo, y su discípulo, que habia tenido la indiscrecion de publicar sus obras antes de estar en proporcion para darse á luz:

XXXVI. Habiendo recibido este Padre una carta de Rufino, en la que por los años 398 ó 399 le decia, que despues de una larga mansion en Roma, habia regresado á su país poco contento de algunas personas, que sin duda eran amigas de San Gerónimo, creyó que estaba en la precision de responderle, como á un amigo cuyo afecto deseaba siempre conservar. "Dios me es testigo, le dice, que si una vez me reconcilio con mis amigos, jamás guardo amargura en mi corazon. Añade, que no debiendo el verdadero

(1) Habla Orígenes de un amigo que tenia llamado Ambrosio.

» amigo disimular sus sentimientos , no puede ocultarle que  
 » se sentia herido por su prólogo de los libros de los *Prin-*  
 » *cipios* de Orígenes. En él me atacais indirectamente ; ó  
 » por mejor decir , os declarais abiertamente contra mí. No  
 » sé cuál ha sido vuestra intencion , pero sé lo que se pien-  
 » sa. Mas he querido en este punto quejarme con vos , co-  
 » mo amigo , que desenfrenarme contra vos abiertamente,  
 » para daros á conocer que me he reconciliado con toda  
 » sinceridad de corazon." Le habla de su hermano Paulinia-  
 no , y del Sacerdote Rufino que habia enviado á Milán , y  
 le suplica que en adelante tenga mas atencion con sus  
 amigos.

XXXVII. Por este tiempo Rufino recibió por Apro-  
 niano una copia de la carta que habia escrito San Geróni-  
 mo á Pamaquio y á Oceano. El dolor que sintió por los  
 malos tratamientos que recibia en esta carta , dice que le  
 hizo buscar su consuelo en Jesuchristo , y que hubiera per-  
 manecido con buena voluntad en el silencio , si la necesidad  
 de dar á entender la verdad á los que se habian engañado  
 con los discursos de sus contrarios , no le hubiera puesto  
 en la necesidad de defenderse. Compuso para esto una Apo-  
 logia por los años 399 , pero no se publicó hasta 401. No  
 dexaba de manifestarsela á sus amigos , los que por su parte  
 la leían en las provincias. Llegó á noticias de Pamaquio y  
 de Marcela , y parece que Pauliniano , hermano de San  
 Gerónimo , que entonces se hallaba en el occidente , habia  
 leído alguna cosa de ella. Rufino en su Apología , dividida  
 en dos libros , daba lo primero en rostro á San Gerónimo,  
 que hubiese traducido en latin los libros de los Principios de  
 Orígenes sin quitarles nada : lo segundo , para justificar la  
 doctrina de este autor , sobre la Trinidad , alegaba el pri-  
 mer libro sobre la Apología de San Panfilo : lo tercero , ha-  
 cia presente á San Gerónimo , que pues habia alabado á

Orígenes , no le debia reprehender. Lo quarto , tachaba di-  
 versos errores y muchas contradicciones en sus Comentarios  
 sobre la Escritura , y la falta de exáctitud en la traduccion  
 del verso 12. del Salmo 2. Lo quinto , reprehendia tam-  
 bien algunos lugares del Comentario de San Gerónimo so-  
 bre la Epístola á los de Efeso , en la que habia compen-  
 diado el de Orígenes. Lo sexto , le acusaba de perjurio ;  
 porque despues de haber hecho juramento delante del Tri-  
 bunal de Jesuchristo de no volver á leer los Autores Pro-  
 fanos , parecia que aun no los habia dexado. Asi que vió  
 San Gerónimo el escrito de Rufino , se dió prisa á res-  
 ponderle. Le intituló Apología , y le dividió en dos libros,  
 dirigidos el uno y el otro á Pamaquio y á Marcela , la  
 que han equivocado con el Conde Marcelino , por cierta  
 alteracion del texto en las antiguas ediciones.

XXXVIII. Responde al primer capítulo de acusa-  
 cion : que puso en su traduccion del libro de los Princi-  
 pios quanto habia hallado en el original griego. » No , le  
 » dice á Rufino , para que el lector dé fé á todo lo que  
 » he traducido , sino para que nada creyese de lo que es-  
 » taba escrito en la vuestra. De este modo mi obra tiene  
 » dos utilidades ; porque hace ver que el autor es Here-  
 » ge , y el traductor no es muy fiel. Y para que no ima-  
 » ginasen que yo tenia los sentimientos del autor que tra-  
 » ducia , puse al principio un prólogo en que advertia al  
 » lector las razones que me habian movido para emprehen-  
 » der este trabajo , y al mismo tiempo lo que debia con-  
 » siderar como herético. Vuestra traduccion solo sirve para  
 » alabar al autor ; la mia es para condenarle ; la vuestra  
 » empeña al lector para que crea lo que dice ; la mia para  
 » que nada crea de lo que dice." Respondiendo al segundo  
 capítulo , defiende , que la Apología de Orígenes no es de  
 San Panfilo , y se queja de que Rufino quando le da con

el nombre de este Mártir, dió un golpe mortal al alma de muchos. » Toda la autoridad de los Obispos no es ya capaz de hacer valer la condicion de Orígenes; porque todos se imaginan que ha sido alabado y aprobado por un Mártir. Ni las Cartas Sinodales del Obispo Teófilo, ni aun las del Papa Anastasio que proscriben este autor como Herege, no tendrán peso alguno contra la autoridad de un Santo Mártir. Sobre el tercer capítulo, dice Rufino: Eusebio, Obispo de Cesarea, en su libro sexto de la Apología de Orígenes, hace al Santo Obispo y Mártir Metodio el mismo argumento que me haceis. ¿Cómo tiene Metodio, dice, el atrevimiento de escribir hoy contra Orígenes, despues de haberle dado antes tantas alabanzas? Las quejas, pues, que hoy formais contra mí son las mismas que un Arriano daba contra un ilustre y sabio Mártir. Sobre el quarto capítulo responde: » He seguido en mis Comentarios á Orígenes, Didimo, y Apolinar; pero de tal modo, » que aunque estos estan entre sí disencientes, y son contrarios, yo no he escrito proposicion alguna contra la pureza de la fe. ¿Qué objeto es el de un Comentador? Es el de » explicar claramente lo que está obscuro en el texto; referir los pareceres de los autores; señalar las diferentes » razones con que cada uno apoya su opinion; para que el » lector ilustrado y prudente elija lo mejor, y desprecie lo restante como moneda falsa. ¿Se dirá que se contradice un » autor, porque refiere las sentencias de los que no concuerdan entre sí? » Se autoriza San Gerónimo sobre este método con el que han seguido los Comentadores de Virgilio, Salústio, Ciceron, Terencio, y Plauto. Dice el Santo, que traduxo el verso 12. del Salmo 2. del mismo original griego, sin mas diferencia que haber puesto en vez de, *besad al Hijo, adorad al Hijo*, segun el exemplar de Aquila y de Simaco. Para responder al capítulo 5.

trae San Gerónimo muchos pasages de su Comentario sobre la Epístola á los de Efeso; y dice: » Que algunas » veces ha dado á un mismo lugar tres explicaciones; una » suya propia, otra de Orígenes, y otra de Apolinar, sin » nombrarlos. Tambien, dice, se debe perdonar á mi » dolor: no podia yo censurar á unos autores, á quienes en » parte seguia, y cuyas palabras traducia; pero he añadido: el lector diligente entenderá este pasage del Apóstol conforme á esta explicacion. » Respondiendo al capítulo 6. confiesa, que quando se halló en sueños presentado al Tribunal de Jesuchristo, habia prometido no estudiar mas en los Autores Profanos; pero dice, que le parece mal que Rufino le dé en rostro con unas cosas que pasaron en sueños. Añade: » esta promesa era para en adelante; mas » no dí palabra de olvidarme de todo lo pasado, ni de » lo que habia aprendido en mi juventud, y antes que » me sucediese este sueño. » Tambien le habia acusado Rufino de que habia dicho, que con el Bautismo se borraban todos los pecados, y que este Sacramento quitaba tambien la mancha de la bigamia; de suerte, que se podia ordenar á un hombre que hubiese sido casado dos veces, si una de ellas habia sido anterior al Bautismo. A esto responde San Gerónimo: » que Rufino tenia el libro en donde estaba esta opinion; esto es, la carta á Oceano; y que asi podia refutar sus escritos con otros escritos. »

XXXIX. En el segundo libro impugna tambien San Gerónimo la Apología que Rufino habia hecho de su doctrina. En ella hacia desde luego profesion de la fe de la Iglesia, y del Misterio de la Santísima Trinidad: sobre lo qual le dice San Gerónimo: » Una cosa se os pregunta, » y otra respondeis. Decís que solo hay un Dios en tres » Personas: todo el mundo, al presente, dice lo mismo; y » hasta los demonios lo confiesan. Pero os suplico me di-

„gais: ¿el alma que tomó Jesuchristo existía ya antes que naciese de la Santa Virgen? ¿Fué criada en el momento en que el Espíritu Santo formó aquel cuerpo en el seno Virginal; ó bien fué enviada del cielo despues que recibió el cuerpo de Jesuchristo su configuracion? „Elige uno de estos tres modos de sentir.” Habia dicho Rufino en su confesion de fe, que esperaba á que la Iglesia hubiese decidido cuál de estas tres opiniones era la verdadera, y que entre tanto creía que Dios es el Criador de los cuerpos y de las almas; pero San Gerónimo le queria obligar á que condénase claramente la opinion de Orígenes en punto de la preexistencia de las almas. Opinion que dice que no se puede defender; porque si el alma de Jesuchristo tenia sér antes de la formacion de su cuerpo, se sigue, que entonces no era alma de Jesuchristo. No urge menos á Rufino, para que se explique limpiamente sobre la resurreccion de la carne, sobre la eternidad de las penas de los demonios, diciendo, que en estos puntos hablaba de un modo ambiguo y disimulado. Le impugna despues San Gerónimo la traduccion de Rufino del libro de los Principios de Orígenes. ¿„Quién os ha dado poder, le dice, para cercenar alguna cosa de este autor? Os suplicáron que pusieseis el griego en latin, mas no que le corrigieseis.” Defiende contra Rufino, que dice sin pruebas algunas, que los errores que hay en los libros de Orígenes, fuéron insertados por los Hereges; y porque habia añadido Rufino, por mantener su proposicion: que los Hereges habian asimismo corrompido los escritos de San Clemente Romano, de San Clemente Alexandrino, y de San Dionisio, Obispo de la misma ciudad. Le responde San Gerónimo: „que si se concede una vez que todos los errores que se hallan en un libro han sido insertados por otros, nada habrá en el libro que sea del autor; y por la misma

razon se podrá excusar á los mayores Hereges, como son: Marcion, Manes, Arrio, y Eunomio. Si me preguntais, añade, ¿cómo, pues, se hallan algunas veces heregias en los libros de las personas mas católicas? os responderé: que puede suceder que hayan errado simplemente y sin pensar, ó que lo que han dicho se deba entender en otro sentido del que nos parece; ó que algunos copistas ignorantes hubiesen corrompido aquellos lugares, ó bien que por haber escrito antes que la impiedad Arriana derramase su veneno en todo el Egipto, dexáron caer algunas expresiones menos exáctas; pero que entonces no tenian consecuencia, aunque hoy nos parecen perniciosas.” Esta respuesta de San Gerónimo es sólida; mas como Rufino pudiera valerse de ella para justificar á Orígenes, procura este Padre demostrar, que todos los exemplos de falsificacion de los escritos de los antiguos, alegados por Rufino, no tienen relacion alguna con los que se supone que hay en los libros de Orígenes. Habia dicho Rufino, que los que perseguian á Orígenes, lo hacian asi, por el temor de que no se reconociesen sus robos, y porque la mayor parte solo habian hecho copias de Orígenes. San Gerónimo le dice, que nombre aquellos ingratos que, por no pasar por plagiarios, prohibian á los demás la leccion de unos libros que ellos solamente habian copiado. Concede que en su juventud habia traducido algunas Homilias de Orígenes á ruegos de sus amigos; pero que éstas habian sido de las que no contenian tantas cosas escandalosas, y sin pretender obligar al mundo á abrazar los errores que en ellas habia.

XL. Habiendo Rufino logrado una copia de esta Apología por los años de 402 por mano de un mercader de oriente que traficaba en Aquilea, respondió con una carta dirigida á San Gerónimo, en la que, despues de haber-

se defendido de todas las acusaciones de este Padre, le suplicaba que callase, y no continuase con obras públicas el escandalo que su disputa habia causado ya en la Iglesia. San Cromacio de Aquilea habia tambien escrito por el mismo tiempo á San Gerónimo sobre el mismo asunto; y sin duda hubiera callado este Padre por obedecer al Santo Obispo, si Rufino en su carta no le hubiera amenazado con nuevas acusaciones, en caso de que continuase en escribir contra él. Hizo, pues, otra segunda Apología que tiene por titulo: *libro tercero contra Rufino*. Esta es casi una repetición de lo que habia dicho en los libros precedentes. Concluye diciendo á Rufino: si deseas la paz, dexa las armas. Yo puedo ceder si me hablas con suavidad; pero no temo amenazas. Tengamos una misma fe, y al instante tendremos la paz.



*Siguen los Resúmenes de este Artículo II.*

§. II.

- |   |   |
|---|---|
| XXI. Carta á Ctesifon.  | LXVII. Carta de San Gerónimo á San Agustín, pasado el año 406.          |
| XXII. Diálogo contra los Pelagianos.  | LXVIII. Carta de San Gerónimo á Marcela y Anapsiquia.                   |
| XXIII. Carta á Marcela.   | LXIX. Carta á Oceano.   |
| XXIV. Otra carta á la misma.  | LX. Carta á Eustoquio sobre la muerte de Santa Paula.                   |
| XXV. Carta á una señora llamada Furia.  | LXI. Carta á Pamaquio y Marcela.  |
| XXVI. Carta á Paulino.  | LXII. Carta á dos Señoras, madre é hija, que vivian en las Galias.      |
| XXVII. Segunda carta á Paulino.   | LXIII. Carta á un Monge llamado Rustico. Carta á Gerouquia, ó Geroncia. |
| XXVIII. Carta á Lucinio.  | LXIV. Carta á un Monge llamado Rustico.                                 |
| XXIX. Carta á Leta.   | LXV. Carta á Sabiniano.   |
| L. Carta de San Agustín á San Gerónimo, año 402.                                      | LXVI. Carta á Rustico.  |
| LI. Carta de San Gerónimo á San Agustín.  | LXVII. Carta á Principia.   |
| LII. Carta de San Agustín á San Gerónimo, año 404.                                    | LXVIII. Carta á Demetriada.   |
| LIII. Carta de San Gerónimo á San Agustín.  | LXIX. Carta á Castrucio.  |
| LIV. LV. y LVI. Carta de San Gerónimo á San Agustín, y de éste á San Gerónimo en 405. | LXX. Carta á Evangelo.  |
|   | LXXI. Carta á Apronio.  |

**XLI.** Por lo que dice San Gerónimo de los progresos del Pelagianismo en oriente en su carta á Ctesifonte, parece que se escribió algunos años despues del nacimiento de esta heregia. Orosio, que la citó públicamente en presencia de Pelagio en una junta que hizo celebrar Juan de Jerusalén en 28 de Julio del año 415, la citó como escrita poco tiempo antes. Se puede, pues, poner en este mismo año. La escribió San Gerónimo á súplicas de Ctesifonte, que le habia pedido algunas cartas, con el motivo de la heregia de Pelagio. Dice este Padre: «que aquella heregia encierra todo el veneno que los Hereges habian bebido en las fuentes corrompidas de los filósofos, en es-

»pecial de Pitágoras y Zenón, Cabezas de los Estóicos.»  
 El primer dogma que rebate San Gerónimo en Pelagio es  
 el de la *Apatia*; esto es, hablando á nuestro modo, de  
 la *esención de pasiones*, que eleva el espíritu sobre los  
 movimientos é impresiones del vicio, ó por mejor decir,  
 que le convierte en Dios ó en piedra. Los justos, segun  
 este Heresiarca, podían llegar á esta impassibilidad, y des-  
 de aquel punto quedar esentos de todo pecado. Como este  
 error venia á caer en la segunda proposicion que Jovi-  
 niano habia enseñado; es á saber, que los que están bau-  
 tizados, no están expuestos á las tentaciones del demonio.  
 Remite San Gerónimo á Ctesifon á su segundo libro con-  
 tra Joviniano. El segundo dogma pertenece á la gracia de  
 Jesuchristo, cuya necesidad negaba Pelagio, queriendo que  
 pendiese la salud del hombre de las fuerzas del libre al-  
 bedrio. Es verdad que añadía estas palabras: *con la gra-  
 cia de Dios*; pero éstas las añadía para engañar á los que  
 le escuchaban; pues por la palabra *gracia* no entendía un  
 auxilio particular de Dios que nos conduce, y nos sostiene  
 en cada accion: pretendia que esta gracia no era otra  
 cosa que el libre albedrio y los Mandamientos de la ley  
 de Dios, segun aquel pasage de Isaías con que preten-  
 día autorizarse: *Dios os ha dado su ley para ayudaros*.  
 De este modo refuta San Gerónimo su error. » Si toda la  
 » gracia de Dios consiste en habernos dado el uso de nues-  
 » tra propia voluntad; y si, contentos con tener el libre  
 » albedrio, creemos no tener necesidad de su socorro, por  
 » el temor de que esta dependéncia no vulnere nuestra li-  
 » bertad, se sigue, que ya no tendremos que orar, ni que  
 » inclinar la misericordia Divina con las oraciones, para  
 » conseguir de él todos los dias aquella gracia, de la qual  
 » siempre somos dueños una vez que la hayamos recibido.  
 » Quite tambien Pelagio el ayuno y la continéncia. ¿Pues

» ¿qué necesitamos de tanto trabajo para conseguir lo que  
 » ya está en nuestro poder? Añade San Gerónimo: que  
 » de los Principios de Pelagio se sigue esta conseqüencia  
 » tan naturalmente, que qualquiera de su partido, ó, como  
 » él dice, el mismo maestro de esta secta no podría me-  
 » nos de discurrir así: si yo nada puedo hacer sin el auxi-  
 » lio de Dios, y á solo Dios se deben atribuir las acciones  
 » que yo hago; luego no son mis obras, sino el auxilio de  
 » Dios, el que se ha de coronar en mí. En vano me dió  
 » el libre albedrio, si no puedo hacer uso de él sin el so-  
 » corro continuo de su gracia. Hacer que dependa la vo-  
 » luntad de un auxilio extraño, es destruirla. Pero Dios me  
 » ha dado el libre albedrio, y no puedo ser verdaderamente  
 » libre, si no hago lo que quiero. O yo me sirvo de este po-  
 » der que Dios me ha dado para conservar mi libre albedrio,  
 » ó enteramente le pierdo, si para obrar necesito del auxi-  
 » lio de otro.» Refuta San Gerónimo esta blasfemia con  
 la autoridad de la Escritura, y dice: que aunque el hom-  
 bre sea el que quiere, y el que corre, sin el auxilio de  
 Dios no puede querer ni correr: que Dios derrama sin ce-  
 sar su gracia sobre nosotros, y que no basta que ésta llue-  
 va una vez; que la pedimos para conseguirla; y que quan-  
 do la hemos recibido, todavía continuamos en pedirla, pe-  
 ro que esta necesidad que tenemos de la gracia no destru-  
 ye el libre albedrio. Si el hombre, añade este Padre, no  
 necesita del auxilio de Dios para gobernarse, ¿cómo pudo  
 decir Jeremías: *El hombre no es Señor de sus caminos; el  
 Señor es él que conduce y el que arregla todos sus pasos?*  
 Tambien hace ver, que de la necesidad de la gracia, de  
 ningun modo se sigue que los Mandamientos de Dios sean  
 imposibles al hombre. Pelagio defendía, que el hombre po-  
 día ser perfecto y sin pecado, aun sin el auxilio de Dios.  
 » Solamente de Jesuchristo, dice San Gerónimo, está es-

crito: *Jamás cometió pecado alguno, y nunca se abrió su boca para el disimulo y el engaño.* Si se pudiera decir otro tanto de los hombres, ¿en qué se distinguiría Dios de ellos? También demuestra este Padre, por diversos lugares de las Epístolas de San Pablo, que hay en el hombre dos leyes diferentes y contrarias; que la carne tiene deseos opuestos á los del espíritu, y que el espíritu los tiene contrarios á los de la carne: el espíritu, lleno siempre de fuerza Divina y de zelo, nos conduce á la vida; pero la carne, siempre flaca y fragil, nos lleva á la muerte. Promete San Gerónimo refutar los otros errores de los Pelagianos, y destruir todos sus vanos discursos con la autoridad de las Divinas Escrituras.

XLII. Esto es lo que hizo en su diálogo contra los Pelagianos el año siguiente 416: á lo menos se sabe que trabajaba desde el 28 de Julio de 415, como lo dixo públicamente Orosio en la conferencia de Jerusalén. Este diálogo, que está dividido en tres libros, se representa entre un Católico á quien llama *Atico*, y un Pelagiano á quien llama *Crisobulo*. Trata las mismas cuestiones, y refuta los mismos errores; pero con mas extension que en la carta á Ctesifonte.

En este diálogo prueba San Gerónimo, que el Bautismo se administra á los niños para la remision del pecado original que contraxeron naciendo de sus padres; pero que en edad mas abanzada, y quando ya son capaces de pecar por sí mismos, la sangre de Jesuchristo los libra así de sus propios pecados, como de los extraños. Sobre lo qual refiere un pasage de la carta de San Cipriano al Obispo Fido. Sabiendo que ya otros habian escrito contra los Pelagianos, y que San Agustín en particular lo habia executado con felicidad, remite en estos términos á sus escritos: "El santo y eloquente Obispo Agustino ha escri-

to tiempo há á Marcelino dos libros á cerca del Bautismo de los niños contra tu heregia, y otro tercero contra los que dicen, como tú, que se puede estar sin pecado (si se quiere) sin el auxilio de Dios; y ultimamente, el quarto libro á Hilario. Se dice que ha compuesto otros contra tí determinadamente, pero no han llegado á mis manos. Por lo que me parece cesar de este trabajo; pues repetiría inutilmente las mismas cosas; ó, si yo quisiera decir otras nuevas, aquel excelenté entendimiento me ha prevenido diciendo las mejores." El diálogo de San Gerónimo contra los Pelagianos, se ve citado por San Agustín, por Idacio, y por Juliano el Pelagiano, que se quejaba de que este Padre citaba en él el Evangelio de los He-  
reges Nazareos.

XLIII. La carta de Paula y Eustoquio á Marcela, lleva en algunos manuscritos el nombre de San Gerónimo; y, á la verdad, hay motivo para creer que tuvo el Santo alguna parte; y que Paula y Eustoquio, que entonces se hallaban con él en Belén, la escribiéron de comun concierto. Habia Paula partido de Roma por los años 383, y se cree que algunos años despues, y en el de 387 escribiéron ella y Eustoquio á Marcela, convidándola á que viniere á visitar los santos lugares, y vivir con ellas en Belén y en Jerusalén. La hacen ver, que esta ultima ciudad, sobre estar teñida con la sangre de Jesuchristo, es una tierra de bendicion, y un compendio de todas las maravillas que allí habian sucedido en diversos tiempos. Hablan despues de las dimosnas que las personas ilustres en piedad solian enviar á los fieles de aquellos Santos lugares; de los sabios consumados en la ciencia de la Iglesia, que habian ido á Jerusalén desde la Ascension del Señor, persuadidos á que faltaria alguna cosa á su Religion, á su ciencia y virtud, si no hubieran adorado á Je-

suchristo en el mismo lugar en que su cruz dió nacimiento al Evangelio. Dice tambien el grande numero de Obispos, y Mártires, Solitarios y Vírgenes, á las que llaman *la flor de la Religion, y adorno de la Iglesia*, que han considerado como obligacion ir á Jerusalén, no solamente desde las Galias, y la Gran Bretaña, sino tambien de Armenia, Persia, India, Etiopia, Egipto, Ponto, Capadocia, y todo el oriente. » Sus idiomas son diferentes, añade; pero su Religion es la misma. Aquí se oyen cantar las alabanzas de Dios por tantos coros quantas son las distintas naciones que concurren. La humildad que tiene el primer lugar entre las virtudes christianas es la virtud que mas aman; porfian sobre quién será mas humilde; y el ultimo de todos pasa por el primero. Sus vestidos sencillos y comunes no se llevan las miradas de las gentes; cada uno se puede vestir á su gusto, sin temor de que le alaben, ni de que le murmuren. Estos no se distinguen por el rigor del ayuno; y asi como no ponen toda la virtud en las largas abstinencias, tampoco condenan á los que comen con moderacion. En sola la ciudad de Jerusalén hay tantos lugares de devoción, que es imposible visitarlos todos en un solo dia. » Despues hacen el elogio del lugar de Belén, y del pesebre en donde nació el Salvador del mundo; oponiendo la sencillez que allí reyna á las magnificencias de la ciudad de Roma. » Es verdad, añaden, que la ciudad de Roma es santa; en ella se ven los trofeos de los Apóstoles y Mártires; porque allí predicaron y confesaron la fe de Jesuchristo; en ella va siendo cada dia mas glorioso y resplandeciente el nombre de los Christianos, victoriosos del Paganismo. Mas la pompa de esa grande ciudad, el fausto que en ella reyna, la necesidad de ver tanto tropel de gente, todo esto no conviene á personas solitarias, y solo sirve para turbar el reposo. Aquí, al contrario, todo es sen-

cillo, y fuera del tiempo en que se cantan los Salmos, en todas partes reyna un profundo silencio. A qualquiera parte que se vaya, se oye cantar la *aleluya* al labrador que gobierna su arado; el segador que está hecho una agua, por la abundancia de su sudor, procura aliviar su trabajo con el canto de los Salmos, y en la boca del rústico resuenan los cánticos de David mientras poda la viña. » Hacen á Marcela una descripcion de los lugares mas santos de la Palestina, y la prometen que despues de haberlos visitado con ella se ocuparán juntas en Belén en cantar los Salmos, y en la Oracion.

XLIV. Escribió tambien San Gerónimo con su propio nombre una carta á Marcela, suplicándola que fuese á Belén; la hace ver para esto los peligros de vivir los Solitarios en Roma; al mismo tiempo que en Belén, nada hay que no esté inspirando la piedad. » Aquí vivimos, dice, de pan ordinario con legumbres que nosotros mismos hemos regado; y con leche, que es la mayor delicia del campo. Nuestras comidas son simples, pero son inocentes; y viviendo de este modo, ni el sueño interrumpe nuestras oraciones, ni los excesos de las viandas nuestras lecturas. »

XLV. Casi dos años despues que San Gerónimo habia dado al público los libros contra Joviniano, escribió á *Furia*, Señora ilustre, y de la antigua familia de los Camilos. Su esposo, cuyo nombre no es conocido, era hijo de Probo, el que se cree ser el mismo que Sexto Petronio Probo, Consul en 371, y su hijo tambien fué Consul, como los otros tres hermanos, Olibrio, Probino y Probo. No fué muy dichosa Furia en su matrimonio; halló en él mucha amargura; su esposo la dexó viuda y sin hijos. Resuelta á no volver á casarse, escribió á San Gerónimo para que la enseñase cómo debería vivir para no perder la corona de viuda, y para conservarse en toda la pu-